

Hielo

# 0

Girar como el corcel de calesita  
subyugándose a subrutinas gastadas.

Cabal repetición de los presentes:  
se reciclan auroras siempre idénticas  
y anochece otra vez el mismo ocaso  
que ya anocheció ayer.

Ser el acertijo mismo del tiempo.  
No encontrarle solución a los días.  
Hojear viejos volúmenes  
suplicando vanamente respuestas a las páginas.

Ayer tu piel fue tersa como pétalos tersos,  
tu perfil esculpido de primaveral mármol,  
tus iris titilantes albergaron  
la ensoñación de devenires prósperos.

Hoy en cambio a tu jeta demacrada,  
presa de los atropellos del ser,  
desdibujan dolores lacrimógenos.

Mañana los añicos del espejo  
reflejarán pedacitos del cielo,  
los restos consumidos de nuestros cuerpos.

# 1

Al ansia de amansarlo se retobó el oleaje:  
montábamos sin ensillar la nave  
mientras el mar arisco corcoveaba.

Cuando cayó la noche  
y el potro al fin se entró a quedar dormido,  
apenas alumbrándonos en silencio los astros,  
me arropaste con tu abrigo de luna  
tibia como un abrazo.

Tantos años navegamos las sombras  
crepusculares de los témpanos.  
Nos prendó la hermosura  
de los mares australes y los vientos del Bóreas,  
respirando el aire cristalizado  
al esplendor del hielo blanco.

Auspició el planeo de la gaviota  
esta marchita rosa de los vientos,  
esta putrefacción de nuestras manos,  
este silencio abierto de los labios.

## 2

Al despertar del sueño  
me hallé en la pesadilla interminable  
de la que no es posible despertar:  
cargó la culpa de seguir viviendo.

Con vergüenza de perros apaleados  
mirarnos a los ojos  
era doloroso como un puñal.

En la sala de espera envejecimos  
velando por el tren que nunca vino.  
Vos sabías que te estabas muriendo  
pero para proteger mi inocencia  
hablabas del perfume de las naranjas.

Dije que te quería pero  
me diste el corazón, solté tu mano,  
y lo hice mierda,  
tu cráneo impactó el piso.  
No fui capaz de hacerle frente al miedo,  
de mirarte a la cara,  
abrir los brazos,  
cuando estabas muriéndote con los ojos vidriosos.

La naranja de cuyo perfume hablabas  
se puso verde óxido  
como la Estatua de la Libertad  
y el hombre de limpieza la tiró al tacho.

### 3

Afuera refrescó que daba miedo  
y se apelotonaban  
las hojas amarillas de los plátanos  
sobre los adoquines  
de roca ígnea.

Un torrente verdinoso en la zanja,  
irisado de aceites y detergente,  
desagüe del barro y la podredumbre,  
rebalsaba en las bocas de tormenta.

Las deidades ancestrales del trueno  
defecaban los diluvios de punta.  
Correr del agua que cayó del cielo:  
la lluvia resbalando por los vidrios  
como el escupitajo  
cuando escupís enfrente del espejo.

Observábamos a través de las gotas,  
como lentes convexas,  
el mundo dado vuelta.  
Y tu mano que cabía en mi mano  
trazaba garabatos:  
un tigre y un dragón de tinta china  
con los bigotes chuecos  
sobre los parabrisas empañados.

Del lado de adentro de la ventana,  
bajo los sobrecitos de azúcar  
y los cortados con dos medialunas:  
réplicas de un temblor  
con el que el subte sacudió el parquet,  
y del aliento tibio de su boca  
como vagina abierta  
brotaron los sacos y las mochilas  
y alguien casi pisó un sorete fresco.

Del lado de afuera de la ventana  
se oyó el efecto Doppler de la ambulancia  
y el ejército de los desposeídos  
subió a la cordillera de bolsas de basura  
a revolver cartones y otras reliquias.

Aquella marcha histórica  
de pancartas y pañuelos y palos  
nos prometía gases lacrimógenos.  
Cortamos las cadenas nacionales  
levantando los puños insurrectos.

Y ahí en la entrada de la pizzería  
reposaba impávido el san bernardo  
enorme relamiéndose  
todavía, lentamente, las bolas.

## 4

Cuando cumplí los veinticinco años  
me tejiste un pulóver y lloraste en silencio  
porque querías darme el universo  
pero no te alcanzaba para comprarme aquello  
que vos te imaginabas que yo quería.

Nunca te dije nada  
porque mi corazón petrificado  
se encerraba en sí mismo como un puño.  
Miré para otro lado con la vista de hielo  
para no darme cuenta de que estabas llorando.

Pero anoche en el sueño  
el corazón se abrió latiendo fuerte,  
me dijo que llorabas  
y desperté gritando  
que el pulóver era un regalo hermoso  
porque lo habías hecho con tus manos.

Corrí a darte un abrazo  
pero recordé entonces  
que habías muerto ayer a la mañana.

## 5

Ambos fuimos esclavos  
del implacable látigo del tiempo.  
Estábamos exhaustos  
pero no se podía parar a descansar.  
La alternativa era caernos muertos.

¿Qué sentido tenían nuestras vidas?

Mirábamos las luces de colores  
y nos entregábamos a rituales  
tratando de olvidarnos de las preguntas  
para las que quizás no hay respuesta.

Y queríamos detener el espejo  
pero el reloj nos iba carcomiendo.

Después de tantos años  
un día nos sentamos uno al lado del otro  
y por fin escuchamos el silencio.

Y cuando te miré fijo a los ojos  
supe que habíamos envejecido  
sin saber quiénes éramos realmente.

En tus pupilas negras  
vi el dolor de tus días, el miedo de tus noches.

Boca arriba e inmóviles  
miramos la extensión de las estrellas  
y al frío calmo de la madrugada  
nos volvimos a tomar de las manos.

## 6

Canto al áspero tacto de tus callos,  
a tu pelo en que anidan las serpientes,  
al alquitrán de tus escasos dientes  
y a tu nariz con forma de zapallo.

Canto a tus ojos que satán embruja,  
al eccema con pus de tu pescuezo,  
a tus pies perfumados como quesos  
y a tus besos pinchudos como agujas.

Canto al cloacal olor de tu encías,  
pero a mi canto la cacofonía  
de tus hercúleos pedos ensordece.

Y al ver tu rostro que ocasiona espanto,  
y al ver tu faz que el ánima estremece,  
mellizo en el espejo, así te canto.

# 7

Con el desinfectante perfume de lavanda  
y el lampazo roído  
nos trapeamos las baldosas del alma.

Mientras puertas adentro  
cogíamos formando geometrías concéntricas  
en las posturas milenarias  
de los dioses celestes del manual de la India,  
por sobre las baldosas de alto tránsito  
dos hombres se agarraron a cascotazos  
por una bolsa de consorcios  
que desbordaba de inmundicias.

Y mientras vos soñabas  
que parías un bebé corderito,  
en un banco de plaza tapada con cartones  
a mi mamá le faltaban los dientes  
y lloraba soñando  
con un tazón de caldo tibio.

## 8

Caminando en la noche  
sólo se oía un perro  
que a lo lejos ladraba.

Por la vera del río  
vi la luna reflejarse en el agua.

Inhalé el aire fresco  
y, al subir a la balsa,  
el agua  
lentamente  
fue arrastrándola.

Me hallé como una hoja  
a la deriva.

Al dar la espalda al mundo,  
contemplé aquello que la luz esconde.  
En mi interior  
me hallé con las tinieblas.

Me hallé ante el miedo de que la locura  
se hubiera apoderado de mi cuerpo.

Recordé a mis hermanos.  
Me lamenté no haberlos perdonado,  
y temí no volver a verlos nunca.

Tuve miedo del río,  
de su lecho de muerte.  
Tuve miedo de no poder volver  
a la ciudad en que ladraba un perro.

Mi corazón furioso  
remó contracorriente.  
Quise asirme de un áncora  
pero la realidad se tambaleaba.

Busqué algún horizonte  
pero todo era incierto.  
Luché pero era inútil.

Ya sin fuerzas acepté que moría.  
Y entregándome entonces  
a aquella sucesión de los presentes,  
muy lejos de las luces de los pueblos,  
se desplegó en el cielo amplísimo  
la multitud de estrellas palpitando.

## 9

Hubo un tiempo que no tuvo colores  
porque alguien se los había llevado.

Hubo un tiempo en que el tiempo se detuvo  
y había que esperar.

Dormíamos al abrigo del cielo  
y tomábamos sopa de unos huesos.

Nevaba hacía tanto  
que no nos acordábamos  
del sol en que tendíamos las sábanas.

Las caras se nos hacían inhóspitas.  
Andábamos con los puños cerrados,  
con el cuchillo listo.

De tanto andar con la armadura puesta  
ya no sabíamos si éramos personas.

Con la máscara de los dientes de perro  
disimulábamos nuestra piel frágil.  
Y abajo de esa máscara, otra máscara  
sepultaba la angustia  
con sonrisas forzadas.

¿Quiénes éramos tras de aquellos disfraces?

Un día hallé a mi madre y a mi padre  
con las cuencas vacías  
y la vida no volvió a ser la misma:  
el pasado radiante  
se transformó en una memoria pálida.

Y como si los dioses  
hubieran roto un pacto milenario,  
del manto de la tierra en dos abriéndose  
afluyeron las criaturas quiméricas.

Serpientes con cabezas de cabra  
y arácnidos de innumerables patas  
se hicieron paso entre la muchedumbre  
devorándose el tiempo detenido.

Me entregué a las simetrías del caos  
y mi cuerpo fue volviéndose flor,  
y la flor fue volviéndose universo.